

6 Voces miradas

La noche ardida

Conrado Santamaría Bastida (Haro, La Rioja, 1962)

Licenciado en Filología Clásica por la Universidad de Salamanca. Actualmente es profesor de Latín en Lerma (Burgos). Ha escrito tres libros de poemas: *Cancionero de escombros con hoguera* (se puede leer en la página web MLRS), *Canciones y revuelos de Pillín Pilluelos* (poemario infantil inédito) y *La noche ardida* (también inédito). Está preparando un cuarto poemario con el título *De vivos es nuestro juego*. Es militante de CGT. Ha participado en el libro *ICD Voces del extremo: Poesía y dignidad* (Ateneo Riojano, Logroño, 2011) y en el poemario *65 Salvocheas* (Editorial Quorum, 2011) y en diversas revistas digitales y de papel (*Libre Pensamiento*, *Caleidoscopio*, *MLRS*, *El Perdigón...*

Arde la memoria y el poeta quema “todas las cartas, todos los retratos, los pajarres del tiempo, la avena de la infancia” como dice la cita de Claudio Rodríguez que encabeza este libro. Arde la memoria de una infancia de pueblos vacíos, en silencio, el bofetón del padre, las raíces del miedo, un mundo enmudecido, la ausencia de las cosas y de los nombres muertos. Una casa cerrada, irrespirable, sin esperanza. El poeta sobrevivió a este tiempo de silencio, tan sórdido y miserable como lo fueron los últimos años de la dictadura. Y quema su infancia en palabras que arden. Y se salva en la verdad de la poesía, en una mano tendida para vencer el miedo y juntos atravesar el umbral, un avanzar entre dudas que son como un abrazo. Y la certeza de “formar de nuevo con barro otra esperanza,/ antes de que el vendaval del olvido nos disperse”. De esta biografía, personal y colectiva, de la necesidad de la memoria, de esta irrenunciable esperanza, nos habla este libro. Arde la noche y seguimos caminando a cielo descubierto. Con poemarios tan hermosos como *La noche ardida*, con la voz fraterna de compañeros como Conrado Santamaría.

Antonio Crespo Massieu

Hoy la luz de la tarde

comunica a las cosas
un palpitar extraño,
un lento escalofrío,
como si el eco inconfundible
de un grito no emitido
persistiera en el aire,
ahondándose y ahondándonos.
Las ramas de los árboles crispadas,
la sombra de las nubes en el valle
como un reptil herido, los jirones
de niebla en la distancia,
el vuelo de los pájaros suspenso...
Y así todo parece
replegarse en sí mismo,
querer ir abreviando
su pulso y nuestro pulso,
la llama de una vela
que ya presiente su último latido.

Y podría haber sido aún más difícil.

La disciplina recta
del cuarto de las ratas siempre a punto
con razonables dientes. O la raya
de luz bajo la puerta a medianoche
con llanto en el pasillo.
O la sangre más cruda
de un padre acribillado en la cuneta
de una guerra perdida para todo.
O el hambre ya sin dioses
y sin sendas, como otro surco abierto
a la nueva semilla que se pudre
lentamente sin germen
en mitad de la ciénaga.

Sin embargo, todo fue más sencillo
y más indescifrable.
Las calles a finales de un septiembre
recién oscurecido y ya sin gente.
Y el doblar de campanas escindiendo
las huellas y filtrando

en todas las paredes humedades
que el tiempo afianzaba.
Y los olores viejos. Y el silencio
que abría cicatrices y cerraba
bajo una llave muerta la despensa.
Y volando por el cielo
la picaraza izquierda inexorable.

Y es un instante todo.

Humo

que en la distancia surge
y se deshace
como ofrenda a la nada.
Y en este altar,
que parecía eterno,
de golpe ya no queda
ni víctima, verdugo, ni testigo,
tan sólo una ceniza
sobre la ausencia de las cosas
y de los nombres muertos.
Liturgia del vacío.
Un humo en la distancia,
que en este instante es todavía y nunca.

Se me caen de las manos las palabras,

el sentido, la vida,
esta tarde de marzo en que las cosas
se muestran como ajenas,
sin aroma ni flor,
sin poros y sin fondo
ni caridad ni amparo. Yo camino
descabalado y solo
junto a un río que solamente es río,
bajo un cielo que no me corresponde,
entre piedras y álamos
que apenas si son álamos y piedras.
Los signos ¿dónde han ido?
El aire se enrarece y lentamente
se me enturbian los gestos en las aguas
de un mundo enmudecido.

Ya de regreso en casa me detengo
junto a la puerta.

Escucho.

Un vacío sin ecos me conforma.

LA CASA CERRADA

Esta casa cerrada tantos años
donde el aire no corre y huele a mohó
y a fermento y a estrago,
y es el polvo la flor de la carcoma,
y tan viciado y tan enrarecido
está el eco en tinieblas
de las voces que alguna vez sonaron
que es muy duro, sangriento, el respirar.
Esta casa en derrumbe y habitada
por el rencor sin fraude
en cada cuarto, en cada
hondo rincón, en cada desconchado,
donde supura el agrio
afán de la inocencia y su materia
gastada por el miedo y los despojos
de la vergüenza herida.
Esta casa sin camino ni altar
ni tiempo ni esperanza,
puesta en abismo en medio de este pueblo
donde nada se cría, salvo el dócil
estertor de la piedra y el sudario
de la bruma en suspenso.
¿Qué vendaval, qué noche enfurecida
de qué próximo año,
arrancará de golpe
la herrumbre de los goznes
y abatirá las tablas
antiguas que condenan
las puertas y ventanas? ¿Qué aire vivo
aventará por fin el polvo muerto,
tanta miseria indigna,
y tanto hedor de tanta podredumbre?

PRIMERA APROXIMACIÓN

Este verso es verdad porque emociona,
porque arrastra a la sombra y al abismo,
si nombra luz y muestra una baraja
con seis ases de espadas que son copas;
este verso es verdad porque es un fuego
que incendia trampantojos y postizos,
mientras la lluvia cae dentro de casa
y tú me lees con tu piel mojada;
este verso es verdad porque es espejo,
porque es semilla, búho, aurora y fiesta;
este verso es verdad porque la muerte
se agazapa también tras cada acento;
este verso es verdad porque me miente.

ME OFRECES SIEMPRE DUDAS

Quizás no quede nadie más allá de la noche,
quizás las vestiduras se rasgan en silencio,
quizás las amapolas han sido siempre sangre.

Me ofreces siempre dudas como quien da un abrazo,
un abrazo tendido en el andén desierto,
el tren en la distancia, la maleta olvidada.

Me ofreces siempre dudas como si fuera un ramo
de flores luminosas en la niebla del puerto,
el barco en la distancia, la sirena sonando.

Me ofreces siempre dudas,
y yo te lo agradezco
y me quedo contigo a construir la casa
e hincar nuestra bandera cuando cubramos aguas,
para que el viento tenga colores donde asirse.

Me ofreces siempre dudas como quien da sustento,
como quien da horizonte al viajero esperado.

CON BARRO OTRA ESPERANZA

Cuando el cálculo ha muerto
tras una vida en nada,
y la geometría del amor,
triste conciencia,
se hizo rota veranda donde asoma
el pánico su rostro extraviado
-a lo lejos, un páramo en ceniza,
derribadas estrellas, derrelictos,
duras migas de pan como palabras
olvidadas del tiempo, ya sin uso,
que no llevan a casa-, ¿qué nos queda,
mi amor, salvo este adobe
en ruinas, que ahora toco y se deshace
crujiendo entre mis manos, aventando
la pureza de tantas lluvias idas,
de tantos soles nuestros? ¿Qué nos queda
salvo esta tarde
penúltima de invierno ya sin nieve
y sin fábula?

Alárgame tu mano,
compañera,
y, en silencio y sin queja,
acaricia esta arena con tu arena,
tu agua con mi agua,
hasta formar de nuevo con barro otra esperanza,
antes que el vendaval del olvido nos disperse.